

pensar en esas cosas. ¡La angustia tudense... cómo será eso! En fin, si yo hubiese venido preparado —preparado por días de ayuno y abstinencia—, tal vez podría haberme quedado como cronista de esos festivales de arte, pero así, imposible. Los médicos opinan que, de la misma manera que hay hombres que se han olvidado de "los placeres de la carne", yo debo olvidarme de los placeres de la mesa... "Maricón gastronómico", le llamo yo al indiferente a los buenos platos. Pero no; hasta ahora no me han amarecado en ningún sentido. Pido perdón. Tal vez sea la influencia de Mercedes Ruibal lo que me hace hablar de esa manera. ¡Mercedes Ruibal! Se me está ocurriendo una broma algo pesada, pero buena. Sería estupendo hacerla hablar en uno de los discursos de Alianza Popular —detrás de Fraga y de Fernández de la Mora, por ejemplo—. Estoy seguro de que sería el mejor antídoto. Perdónenme, pero no puedo evitar el regodearme pensando en la combinación: Primero, un discurso "afragariconado"; luego, un discurso "efedelaémico" y "abecedario", y, finalmente, el colofón ruibaliano de la Mercedes... ¡qué maravilla!

Pero aquí en Vigo no estamos solamente con Agustín Pérez Bellas y Mercedes Ruibal, aunque seamos sus huéspedes temporales. Eso, la vida en casa de artistas, nos permite el trato permanente con artistas gallegos. Tenemos que avisarle al magnífico Acisclo y al estupendo Jaime Quesada (Quessada), que están en Orense, para que vengan a tomar un "ribeiro" con nosotros. Y al también orensano Virxilio, del que, por cierto, es el cartel del festival del vino que es magnífico, como tiene que ser un cartel: plano de colores y de tintas e inmediatamente demostrativo de lo que pretende... Y si se presentaran aquí con ellos mis otros dos amigos orensanos —el médico Manuel Peña-Ray y el Labrador Carmelo de Dios— sería formidable.

Aquí en Vigo, los interlocutores para mis parcos ribeiros son, además de los ruibales, el pintor Pousa —que es un gran intérprete del paisaje de aquí— y el también pintor Huete.

No puedo acordarme de la interminable lista de jóvenes pintores que he conocido aquí. Es que yo conozco a un pintor cuando conozco a su obra y, claro está, los pintores que voy conociendo no llevan sus cuadros bajo el brazo... Tan sólo he conocido unos pequeños cuadros de Lodeiro, magníficos.

Pero, en fin, debo abandonar este "intermezzo gallego" como

he llamado a mi croniquilla de hoy —"extraño interludio" se podría llamar, como en la obra de O'Neill—, hasta que retorne a los madriles y vuelva a las crónicas de costumbre. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

MUSICA

El llanto de los hombres

En el penúltimo concierto de su programación regular, la Orquesta Sinfónica de RTVE, dirigida por Odón Alonso, ha interpretado "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", de Mauricio Ohana, sobre el célebre texto de Federico García Lorca.

De antemano diré que las notas que siguen derivan de la apreciación no del concierto en vivo, sino de la transmisión por televisión de ese concierto. Esto, que en otros casos sería imperdonable, en éste no lo es. Más aún: creo que es precisamente lo que hay que hacer. En muchas ocasiones, la música sólo se puede apreciar íntegramente participando del suceso que se produce en el lugar donde se interpreta; pero esto no ocurre siempre, y creer que sí es malinterpretar la base del milagroso proceso comunicativo de la música: ese fenómeno que hemos llamado "hecho musical", la música hic et nunc. El hecho musical en las interpretaciones de una orquesta sin más, sin otros aditamentos ni calificaciones, se produce sin duda en el concierto, es el concierto; el hecho musical en las interpretaciones de una orquesta que pertenece a una organización de radio y televisión y se llama "de radiotelevisión", es el concierto en tanto que radiado y televisado, es decir, la retransmisión. La orquesta de una entidad comunicativa es la orquesta de los consumidores de los mensajes de esa entidad, y su medio es el medio de comunicación social que esa entidad explota. Si por las circunstancias que sean —hábito, deseo de crear un ambiente— esa orquesta actúa en público, ha de tener en cuenta que ese público es para ella secundario; el director, antes que sentir la presencia de los espectadores a sus espaldas, ha de sentir la de las cámaras y los micrófonos en torno suyo: allí está su medio,

eso es lo que importa. Conclusión: los conciertos de la Orquesta de RTVE deberían apreciarse mejor por la transmisión que por la contemplación directa; claro que no es así de momento, pero ahí están las culpas de los intérpretes, para los que es más fácil comunicar no mediamente; de los realizadores, que no han dado con la fórmula de poner el contenido musical en imágenes; de la máquina toda, que hasta hoy no ha advertido la diferente naturaleza de la relación comunicativa implicada. La música en la televisión (y mucho me temo que no sólo en la nuestra) es todavía un mundo inexplorado.

Y vayamos al "Llanto...". Una obra como esta anula la personalidad de un concierto como sucesión inevitablemente articulada de obras musicales



Mauricio Ohana.

diferentes; se interprete en compañía de otras o no, una obra como esta es el concierto. Así, el tono del penúltimo concierto de esta temporada de la Orquesta de RTVE fue el del "Llanto...". Difícil va a ser para los que contemplaron esta interpretación no asociar ya para siempre los sobrecargados versos de Lorca con los sobrecargados pentagramas que Ohana ha construido como continuación sonora de ese prolongado torrente de metáforas nacido para resolverse, para integrarse, en un sonido que puede hacerse de muchas maneras —puede incluso no hacerse—, pero que escuchando la obra de Ohana parece que sólo puede ser



Federico García Lorca.

así. El "Llanto..." de Ohana, plegado al texto, arrastrado por él, es sin embargo una lección de libertad, en cuanto negación de todo sistema establecido, de todo pie forzado que puedan introducir las mil y una teorías que nuestro tiempo ha elaborado para a la postre impedir el libre discurso de la creación artística. Apreciar esa libertad, estimo, es más importante que estar o no de acuerdo con la obra; más aún, gusta escuchar cosas como ésta para advertir qué secundarias son cosas como el acuerdo o el desacuerdo, el gusto o el disgusto; como gusta también comprobar la secundariedad de buscar influencias —¿quién no las tiene?—, herencias o fuentes, preocuparse por escuchar otras músicas en la música que se está escuchando.

Odón Alonso dirigió el "Llanto..." de forma contenida, sin duda para evitar todo énfasis que pudiera hacer demasiado tópicos las conexiones de la obra con el folklore andaluz, presente en toda la producción de Ohana como voluntad de pertenencia a un patrimonio cultural del que se encuentra físicamente distanciado. La actuación de la Orquesta de RTVE me pareció muy buena, aunque, hasta que la televisión descubra el tratamiento adecuado de la música, la transmisión televisiva seguirá sin dar mucho de sí para apreciar estas cosas. También fue bueno el trabajo de las integrantes del reducido coro, contrapartida femenina de las voces del recitador y el barítono, que comparten el protagonismo de la composición, y que fueron en este concierto José Luis Gómez y Antonio Lagar. Voces que en la partitura de Ohana traducen los versos de Lorca con una austeridad que no resulta extraña, por más que los especialistas en geografía caracteriológica se empeñen en calificarla de "castellana". Voces que tienen que sobrecoger

el ánimo y que en el concierto de la Orquesta de RTVE lo sobrecogieron como sólo lo hace el llanto de los hombres. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

Aguilas californianas

El mito de California es un tema constante en el cine norteamericano, pero también aparece con frecuencia en el "rock". A un extremo están las odas a la nueva tierra prometida. Al otro, las revelaciones de que, después de todo, se trata de un paraíso podrido. La última página de la controversia es el "Hotel California", nuevo LP de los Eagles (1).

En sus inicios, los Eagles eran vaqueros del asfalto, ciudadanos de Los Angeles que tocaban "country-rock". Hoy ya no pueden ser definidos tan fácilmente: hay hasta eco del "reggae" jamaicano en varios cortes del nuevo disco. Se puede decir que los Eagles se han movido hacia el centro del espectro musical californiano, pero sin reblandecerse demasiado, aunque en algunos momentos suenan a "pop" pasterizado. Lo que los Beach Boys eran para el "rock" de mediados de los sesenta, los Eagles lo son para los tiempos que corren: el grupo californiano por antonomasia. Las canciones de los

Beach Boys celebraban la alegría del surf, de las playas, de la velocidad, del amor, de la libertad en la tierra de la abundancia. Por el contrario, los Eagles se sitúan en la California sombría de los años posteriores a la convulsión "hippy" y la revolución abortada. Y "Hotel California" pretende describir el panorama de una generación agotada espiritualmente que sobrevive en la tierra del neón y las autopistas.

Los Eagles pasan su decepción por los surcos. En "The last resort", ellos —que han luchado contra la proliferación nuclear y apoyado diversas causas ecológicas— se resignan: el hombre está dispuesto a arrasar la Naturaleza, y sería capaz de acabar hasta con el cielo. Pero la pieza principal es la que da el título al disco, donde el "Hotel California" es una metáfora para todo el estilo de vida californiano: "Estamos prisioneros aquí por nuestra propia voluntad". Y, en otro momento de la misma canción, confiesan que "no hemos tenido ese espíritu aquí desde 1969", jugando con el doble sentido de "spirit" (= espíritu, licor). El problema es que no tienen mucho que decirnos, y todas sus revelaciones suenan forzadas, simples observaciones presentadas de forma ampulosa. De ahí que carguen la carpeta del disco de fotos con pretensiones de simbolismo.

Dejando aparte el concepto subyacente en "Hotel California", digamos que musicalmente es un disco más consistente que "One of these nights", el LP multimillonario de 1975. Todavía recurren a rellenar violín con violines azucarados, pero las armonías vocales continúan tan prístinas y exquisitas como siempre, al mismo tiempo que Don Henley resulta cada vez más convincente como solista. Por cierto, la entrada de

Joe Walsh en el puesto de Bernie Leadon no ha alterado el equilibrio del grupo: sólo hay una canción suya y no hay demasiados solos eléctricos.

Resumiendo: los Eagles no dan la talla ni como filósofos ni como sociólogos; evidentemente, se toman a sí mismos demasiado en serio. Pero son agradablemente inofensivos como músicos de "rock", y "Hotel California" tiene buenos momentos. Eso es todo. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CINE

Un viento de locura

Es difícil sobreponerse al "shock" que causan las imágenes de "Queridísimos verdugos" a la hora de, con una cierta rapidez, ponerse a escribir sobre el film de Patino. Lo primero que viene a la cabeza es un torrente de elogios hacia el cineasta por su originalidad, su valentía y la lucidez con que ha abordado un tema tan sumamente espinoso. Inmediatamente después, hay que decir que desde ahora mismo "Queridísimos verdugos" pertenece, no ya sólo a lo más importante que se haya hecho en el cine español, sino a lo mejor de nuestra cultura testimonial, a aquella que de Goya a Buñuel, de Baroja a Solana y Valle Inclán, se ha encarado con los aspectos más duros y definitivos de una terrible realidad. Junto a ello, la película de Patino se une con las obras de Daniel Saeiro, Carlos García Valdés o Luis García Berlanga ("El verdugo"), que, desde diversos terrenos, han denunciado la barbarie y la irracionalidad que supone la existencia de la pena de muerte.

No quisiera que este primer párrafo resultara enfático ni grandilocuente en su homenaje a "Queridísimos verdugos". No correspondería con la sencillez de una película que, afortunadamente, se aleja desde un comienzo de cualquier moralismo bienpensante o de cualquier demagogia trascendentalista. Pero si deseáramos reflejar el entusiasmo que nos ha producido un film como éste, que recoge las mejores posibilidades del cine como documento social y político, como testigo comprometi-

do de una época ante la que se muestra vivo y beligerante. Para cuantos defendemos como prioritaria una opción cultural realista (en el sentido más completo y complejo de la palabra), "Queridísimos verdugos" es hoy motivo de una notable satisfacción. Satisfacción que se prolonga a lo largo de tres caminos distintos: el enorme campo que se abre ante el cine español por la vía de un documentalismo consciente y riguroso, que sea —como en este caso o en el de "El desencanto", de Jaime Chávarri— capaz de recuperar unas parcelas de realidad hasta ahora ignoradas forzosamente o prostituidas desde el poder; la constatación de la valla de Patino como uno de los mejores cineastas con que contamos entre nosotros; y el convencimiento práctico de que la opresión censorial ha abortado decenas de películas cuya existencia normal habría modificado totalmente la mentirosa trayectoria de nuestro cine: no hay que olvidar que "Queridísimos verdugos" se rodó en 1973 al margen de los infinitos condicionamientos legales impuestos a la producción española, y que ha tardado cuatro años en poder acceder a las pantallas comerciales después —todavía— de forcejear con la inacabable censura gubernativa.

El acierto de "Queridísimos verdugos" nace ya de su elección del tema: las confesiones de los tres "administradores de justicia" que había en España en 1973, donde se intercalan los recuerdos de sus vidas con los de aquellas ejecuciones en que han tomado parte. En una bodega bebiendo vino, en las calles y monumentos de Granada, en una comida "de hermandad" o hasta en un "tablao" flamenco, Patino sitúa y mueve a estos tres personajes de manera sumamente hábil para lograr un máximo de confianza y sinceridad. Pero lo más definitorio de la película, allí donde —lógicamente— se jugaba toda su entidad, es el tratamiento que el autor de "Canciones para después de una guerra" aplica a las insólitas declaraciones que registra su cámara: "El drama de los verdugos —ha dicho el propio Patino— es que el verdugo ejecutor se convierte en víctima. Yo estoy a favor de los verdugos ejecutores en la medida que estoy del lado de las víctimas. La diferencia es que las víctimas lavan sus errores en la canonización laica que resulta cuando la sociedad sacrifica a un ser humano. Los pobres verdugos están inventados para emporcarse con la mierda de todos, asumiendo una responsabilidad que no les corresponde. Les comprendo perfec-



Los "Eagles".

(1) Eagles: "Hotel California" (Hispavox-Asylum HYS 851-20).